

La declinación del deseo de la madre y sus posibles consecuencias clínicas.

Dartiguelongue, Josefina.

Cita:

Dartiguelongue, Josefina (2025). *La declinación del deseo de la madre y sus posibles consecuencias clínicas*. XVII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXXII Jornadas de Investigación XXI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. VII Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. VII Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-004/304>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eNDN/8gR>

LA DECLINACIÓN DEL DESEO DE LA MADRE Y SUS POSIBLES CONSECUENCIAS CLÍNICAS

Dartiguelongue, Josefina

Universidad de Buenos Aires. Facultad de Psicología. Buenos Aires, Argentina.

RESUMEN

Este trabajo se enmarca en la realización de la tesis de doctorado “Sobre la práctica de los cortes en el cuerpo -cutting- y su condición contemporánea”. Se basa en interrogar ciertas condiciones instituyentes para la neurosis en la actualidad que radicarían no sólo en los efectos del deterioro de la función del NP, sino en el declive de la otra función simbólica subjetivante, el DM, el Deseo de la madre, cuya declinación, -efecto de la época-, en determinados casos, sería la sede de importantes consecuencias clínicas de las que derivan ciertas presentaciones contemporáneas de la neurosis.

Palabras clave

Deseo de la madre - Declinación - Angustia - Objeto a resto

ABSTRACT

THE DECLINE OF THE MOTHER'S DESIRE AND ITS POSSIBLE CLINICAL CONSEQUENCES

This work is framed within the development of the doctoral thesis “On the practice of body cutting – Cutting – and its contemporary condition.” It is based on the interrogation of certain foundational conditions for neurosis today, which would stem not only from the effects of the deterioration of the function of the NP (Name-of-the-Father), but also from the decline of another subjectivizing symbolic function: the DM (Desire of the Mother). The decline of the latter — an effect of our time — in certain cases, may be the locus of significant clinical consequences, from which certain contemporary presentations of neurosis derive.

Keywords

Desire of the mother - Decline - Anxiety - Object a residue

INTRODUCCIÓN

Es insoslayable ubicar el cambio en la presentación de las neurosis en la actualidad. Hallamos neurosis sin huellas de la represión, ni del trabajo del inconsciente, ni de la fijeza del fantasma, es decir, que no se asientan en la inhibición, el síntoma y la angustia (señal) para tratar lo real. Se presentan casos de neurosis donde si bien ha operado la castración -y habrá que verificarlo en cada caso-, no salen a la zaga, sin embargo, sus mecanismos simbólicos tradicionales. Esto da lugar a una clínica signada por la angustia. No por la angustia señal, señal del deseo, y la castración, que desencadena el trabajo de la defensa, sino por el contrario, una angustia masiva, aniquilante, que no es “señal de lo real” sino “invasión de lo real”, que desorganiza el narcisismo, “contraria a la estructura del yo” (Lacan 1962-63, 133), haciendo necesario que alguna función la interrumpa, siendo muchas veces los síntomas contemporáneos un intento de tratamiento para frenar su avance. Una angustia distinta de la tradicional también en sus coordenadas desencadenantes. A diferencia de la angustia suscitada por Che voi?, por el goce del Otro, o frente a la irrupción de “falta la falta”, acá está ligada también al objeto *a*, pero en su dimensión de resto. Encontramos que, en muchos casos, frente a la indiferencia o el desprecio del Otro, el sujeto queda reducido al lugar de objeto, no causa, sino resto, sin ninguna defensa frente a ello. Es lo que Lacan ha llamado “la caída de un sujeto a su miseria final” (ibíd., 178). Lacan alertó sobre la posibilidad de la caída del sujeto al lugar de objeto resto. Y, si bien se trata del lugar de resto y no de una identificación real al objeto resto, sin embargo, ninguna instancia psíquica ha protegido de ello y emerge la angustia como efecto de esta dimensión intolerable de quedar en el lugar de deyecto del Otro, efecto de la destitución subjetiva. Correlativo a ello, encontramos una afectación del deseo que ya no versa sobre las modalidades de la insatisfacción o la imposibilidad, sino una “deflación del deseo” que vuelve exigua su potencia. Asimismo, más que la consabida mezcla pulsional al servicio de la homeostasis y el principio del placer, encontramos, -no la desintrincación-, pero sí una prevalencia de la pulsión de muerte que acecha al sujeto de diferentes formas. El lugar de objeto resto para el sujeto, la ausencia de defensas frente a lo real, el avance de angustia masiva, la debilidad del deseo y el resalto de la pulsión de muerte no puede sino enmarcarse en las condiciones de la época. Lacan advirtió en

múltiples lugares que el resorte central de la mutación de la época recaía sobre su égida, el Nombre del padre. Alertó sobre su “degradación” (1953, 114), señaló que se trataba de un orden “un poco perimido” (1972b) y escribió la lógica de esta mutación y sus consecuencias en la formalización del discurso capitalista (1972a). Es indudable que estos casos se inscriben en las consecuencias de la Declinación del Nombre del Padre. Sin embargo, cabe estar atentos a una especificidad. Para algunos casos no se trataría solamente del deterioro del redoblamiento de la castración real por la versión simbólica de la prohibición como tratamiento simbólico de lo imposible propia del NP. Es posible conjeturar que las condiciones de lo social contemporáneo afecten no sólo a la función simbólica del NP, sino también a aquella otra función simbólica, constitutiva de la normativización en la neurosis, la función deseante, que Lacan llamó la función del Deseo de la Madre, antecedente necesario para la intervención del Padre, condición para que el ser viviente arribe al mundo como sujeto y no como resto. La función deseante que conlleva la primera libidinización de la que dependerán, a su vez, la constitución de múltiples funciones y recursos del sujeto.

EL DESEO DE LA MADRE

El Deseo de la Madre es una función simbólica muy precisa, que es necesario distinguir del Otro materno como tal y de las operaciones que éste cumple sobre el viviente —más allá de quién encarne este lugar—. El Otro materno es el resorte de múltiples operaciones: impacta y traumatiza con *lalengua*, “*lalengua* llamada, y no en balde, materna” (Lacan, 1972-73, 166), instala el circuito de la demanda (1962-63, 324), cuida al niño (1969, 393), marca con la omnipotencia de sus insignias, su Ideal (1961, 658-659), delimita con su mirada el *i(a)* (1957-58, 268), recorta las pulsiones con su decir (1975-76, 18), aliena al significativo al tiempo que rescata al sujeto de su indeterminación, en la operación de separación, al articularlo al objeto (1964, 222), determina con su discurso (1971-72a, 149-150), tiene una función preponderante en relación al goce (1971a, 32), es la voz que soporta la ley y se encarga de “traducir ese nombre por un no; justamente, el no que dice el padre” (1973-74, 19-03-74), etc. Ahora bien, entre estas operaciones —y correlativa a algunas de ellas—, Lacan también ubica la función del DM, el Deseo sobre el niño que el Otro materno opera, que hace de ese viviente arrojado al nacimiento, un ser falicizado, animado de vida, recubierto por el deseo y no como resto. Estrictamente, la función que Lacan llama DM se especifica por ubicar al niño en el lugar del falo, como sustituto del falo, como sustituto fálico, como *ersatz* (1962-63, 137). Se caracteriza por habilitar la condición para que el niño se identifique imaginariamente al lugar del falo, por revestirlo como objeto de deseo. Le permite al niño quedar en el lugar del deseo, le otorga aquel brillo que lo introducirá en la lógica edípica, en la lógica del deseo[i]. Y Lacan no duda en atribuir “el carácter crucial para el sujeto y para su

desarrollo de la identificación imaginaria con el falo” (1957-58, 219). Lacan, introduce al DM insistentemente como el “elemento esencial” respecto a la introducción de la “función mediadora del falo” (1955-56, 454). Enfatiza en varios lugares lo “crucial”, lo “capital” de esta función estructurante del Deseo (1956-57, p. 33, p. 192, 250- 1957-58, 188 -1969-70, 118). Hasta situarla como una función “irreductible” para la “constitución subjetiva” (Lacan 1969, 393)

LA DECLINACIÓN DEL DESEO DE LA MADRE

Ahora bien, más allá del deseo singular, el DM es una función simbólica que, por lo tanto, puede operar, o no, o estar sujeta a avatares. No porque exista una madre —quién cumpla esa función— y un niño, hay operatoria del DM. La categoría de función simbólica del DM separa esta operación de la cuestión ambientalista, no se reduce a la persona, no confunde la presencia con la función, se aleja de las pulseadas de la frustración, al tiempo que no desconoce que las funciones significantes operan no solo encarnadas, sino sujetas a los cambios de la cultura.

Son múltiples las referencias a esta función, aunque en general ligadas a su exceso, -el DM excesivo, voraz, que se cierra sobre el niño, sin mediación-. Formalizaciones sobre el DM sin límites, sobre la prevalencia materna, sobre el deseo de la madre sin ley, sobre el niño como objeto de goce, sobre el estrago materno, etc. Se trata de coordenadas que, sin lugar a duda se presentan con cuantía en la clínica y que Lacan mismo no sólo advirtió sino distinguió psicopatológicamente. Ahora bien, ¿la clínica no nos devuelve, acaso, sino muchísimas, muchas veces la cara contraria? ¿No encontramos casos donde lejos de cualquier exceso, más bien los sujetos han estado débilmente ligados instancia del Deseo materno? ¿No se verifican en la clínica casos donde hay huellas que revelan lo ínfimo, lo exiguo de ese Deseo original, donde encontramos las marcas de haber sido alojados mínimamente como objeto de deseo? Nos encontramos con casos, donde lejos del exceso del DM, lejos de la boca de cocodrilo que se cierne sobre el niño, son sólo atisbos de un revestimiento del falo que ha alcanzado al hijo. Y, por supuesto, esto no es sin consecuencias. Más aún, son sus consecuencias lo que se manifiesta en la clínica y nos conducen hasta aquí.

Lacan, a lo largo de toda su enseñanza, ha puesto de relieve que la operatoria constitutiva del Deseo no va de suyo, que siempre está presente la problemática de haber sido *deseado o no* en el arribo al mundo, que es una función simbólica que puede presentar avatares. Y sobre esta dificultad posible en la operatoria del DM, destaca siempre dos variables: que es algo que demuestra la experiencia clínica, que esto deja “marcas” en el sujeto. Y resalta que no se trata de una situación excepcional de la práctica, sino, por el contrario, que es una coordenada que se halla *corrientemente* en la experiencia analítica, que es algo “¡muy común!”. En el Seminario 4 Lacan se pregunta que

pasa si el niño se articula al DM “más o menos bien”, donde a veces opera la identificación al falo “por poco que sea” o en “grados diversos” (1956-57, 225-226). Y especifica que por un accidente del significante sobre esta función significativa de DM pueden sufrirse consecuencias: “El término del niño deseado, ese significante, que primordialmente constituye al sujeto en su ser, es aquí el eje... Puede constituirse por progresión a partir del yo o, por el contrario, sin que el yo pueda hacer otra cosa más que sufrir lo que se produce sin saberlo el sujeto, por la simple sucesión de accidentes entregados a las aventuras del significante, lo cual permite subsistir en la posición significativa de niño *más o menos deseado*”. (ibíd., 268) En el Seminario 5 refiere para la RTN y la tendencia al suicidio: “... nos enfrentamos en sujetos más o menos caracterizados por el hecho de haber sido niños no deseados ... No aceptan ser lo que son, no quieren saber nada de esa cadena significativa en la que sólo a disgusto fueron admitidos por su madre”. (1957-58, 253). Y reitera “Especialmente M, la Madre ... y que hará o no de él ... un niño deseado o no deseado ... Es la experiencia la que nos ha enseñado las *consecuencias* en cascada” (ibíd., 265). En 1960 subraya: “... es como objeto *a* del deseo, como lo que ha sido para el Otro en su advenimiento en cuanto vivo, como *wanted* o el *unwanted* de su venida al mundo” (1960, 649). En el Seminario 14 dice del viviente: “... su producto orgánico, siempre posible, considéreselo deseable o no... Podríamos vernos tentados a designar la pertinencia de la equivalencia *niño=falo* en alguna sincronía por descubrir allí, lo cual no significa, claro está, esta simultaneidad” (1966-67, 183). En el Seminario 17 sitúa justamente que la referencia a Edipo que es llevada a análisis es el obstáculo de madre para investir el objeto como causa (1969-70, 104). En 1972, parte de la referencia de André Gide, para hacer extensivo su comentario a otros casos de la práctica. Dice: “Tomo al Gide ... nuestro Gide es sin duda ejemplar al respecto. Su asunto es ser deseado, como *corrientemente* lo encontramos en la exploración analítica. Hay personas a las que en su primera infancia les faltó ser deseadas. Eso las empuja a hacer cosas para que eso les suceda en la adultez. *Es muy común*”. (1971-72a, 71). En 1975 dice: “Sabemos muy bien en el análisis, la importancia que tuvo para el sujeto, vale decir, aquello que en ese momento no era absolutamente nada, la manera en que fue deseado... Este es verdaderamente el texto de nuestra *experiencia cotidiana*. Incluso un niño no deseado, en nombre de no sé qué, que surge de sus primeros bullicios, puede ser mejor acogido más tarde. Esto no impide que conserve *la marca* del hecho de que el deseo no existía antes de cierta fecha”. (1975, 124)

Para los casos a los que aludimos no nos referimos a la ausencia categórica de la función simbólica del DM de la que deviene estrictamente la psicosis melancólica (Soria 2017, 99-100) que dejarían al sujeto identificado al *a* como resto en lo real y por fuera del campo de la neurosis. Sino que en muchas ocasiones nos encontramos con una clínica ni del exceso ni de la ausencia

propia de esta función, sino del desfallecimiento, del deterioro, de la fragilidad del DM. Casos en cuya estructuración cabe el supuesto de la operación del DM, pero donde el sujeto no ha quedado plenamente constituido en el lugar de causa de deseo para DM, donde ha sido endeble su identificación al lugar del falo imaginario y esto ¡no es sin marcas!

A sabiendas de lo difícil de este planteo y de la imposibilidad de “medir” en “escaso” o “poca” o “mínima” la operatoria de tal función psíquica, a sabiendas de lo difícil del terreno de las “gradaciones”, no obstante, entendemos que es una realidad que nos arroja la experiencia clínica. Ya Freud lo distingue. Dice: “El lenguaje usual es fiel, hasta en sus caprichos, a alguna realidad ... y señala entonces toda una gradación de posibilidades dentro del fenómeno del amor. Tampoco nos resulta difícil pesquisarla en la observación” (1921, p. 105). Y Lacan mismo introduce esta realidad clínica “... lo cual permite subsistir en la posición significativa de niño *más o menos deseado*” (1956-57, p. 268). Miller también lo discierne. Dice de las operaciones estructurantes de la neurosis “... clínicamente hay una gradación. Cuando intentamos conceptualizar los casos, nos vemos conducidos a decir que hay más y menos, y no solamente «hay» y «no hay»” (1999, 323). Ciertamente Lacan pone en evidencia que no se trata de una función incólume, que no incondicionalmente un niño ocupa el lugar de sustituto fálico, aunque precisamente nunca la colme: “Junto al niño, para la madre siempre está el falo, la exigencia de falo que el niño realiza *más o menos*. ¿Acaso la madre ve necesariamente así a su hijo? Esta es una pregunta que hasta ahora no se ha planteado. (1956-57, 59) Claro está, la falla es inherente a la vida psíquica, al *pathos* por hablar. No existe ninguna función simbólica que opere acabadamente. En efecto, “no hay relación sexual” también quiere decir esto. Tanto NP como DM son funciones que se entran para errar una respuesta de lo imposible. Siempre se produce la falla de la metáfora (Miller 1988, 72). Sin embargo, no es lo mismo la falla inherente a la función que un declive de su operación. Un declive que se evidenciaría en instancias psíquicas en extremos vulnerables, instancias cuyo resorte, precisamente, residen en la operatoria del DM y la investidura del falo imaginario.

Por supuesto hay posiciones subjetivas, hay situaciones personales o familiares, hay coyunturas trágicas de la vida que pueden dificultar la erotización fálica de un hijo. No nos referimos a las dificultades que siempre han estado y podrán estar en relación con el recién llegado, y que no constituyen una novedad. Sino al deterioro, la debilidad de la función simbólica, generada específicamente por la época, por las condiciones discursivas contemporáneas. Haciendo extensivo lo que Lacan pudo entrever de la función paterna, su declinación, ¿cómo no suponer también a esta función susceptible de la incidencia de la época? ¿Por qué se mantendría incólume frente a mutaciones sociales cardinales? ¿Por qué acaso no sufriría un destino similar? [ii]

En efecto, Lacan señala que el DM es una función simbólica relativa a la época. De hecho, la exclusiva articulación de la

madre y el niño a través del falo, la “triada” sostenida por el DM, *constituye una condición social*, de las sociedades occidentales a partir de la Modernidad y absolutamente ligado a la familia conyugal. En otras regiones y épocas los niños eran casi exclusivamente criados por nodrizas, o un niño no era recibido por un Otro materno sino por una comunidad de mujeres (Lewkowicz 2004, 97). Ciertamente, el DM es solidario de una época, solidario del discurso del Amo, ya que nuestra cultura ubicó la inscripción de la castración, el tratamiento de lo imposible a través de la interdicción vehiculizada en la unión del niño y la madre. Lacan lo subraya con claridad en el *Seminario 17*: “En nuestra cultura son las relaciones del discurso de amo con algo que surgió y de donde partió el examen de lo que, desde el punto de vista de Hegel, se fue arrollando alrededor de este discurso — la evitación del goce absoluto, en la medida que está determinado por el hecho de que, al fijar al niño a su madre, la connivencia social la convierte en sede de elección para las prohibiciones”. (1969-70, 84). Más aún, desde su primera enseñanza, Lacan remarca que un determinado orden simbólico es condición para que la función simbólica del DM pueda surgir y sostenerse, que es necesario un orden cultural que se asiente en la existencia del falo. Lacan dice del DM: “Ciertamente no se efectúa sin la intervención de algo más que la simbolización primordial de aquella madre que va y viene ... Ese algo más que hace falta es precisamente la existencia detrás de ella de todo el orden simbólico del cual depende, y que, como siempre está más o menos ahí, permite cierto acceso al objeto de su deseo, que es ya un objeto tan especializado, tan marcado por la necesidad instaurada por el sistema simbólico, que es absolutamente impensable de otra forma sin su prevalencia. Este objeto se llama el falo”. (1957-58, 187-188). Lacan lo señala además cuando indica que la posibilidad de ser no deseado no es ajena al discurso, ¡al discurso de la época! Refiriéndose al deseo materno y a: “las personas a las que en su primera infancia les faltó ser deseadas”, sanciona inmediatamente que “el discurso y el deseo tienen la más estrecha relación”, distinguiendo para el discurso del Amo el lugar del objeto *a* como causa del deseo es el discurso que habilita el deseo “hasta que tropieza y todo el asunto se va al carajo” (1971-72, 71).

Encontramos, así, coordenadas que conducen al declive, al desfallecimiento de la función del DM. El “rechazo de la castración”, resorte del discurso capitalista, signo de la época, afecta no sólo a la función paterna, sino que recae, a su vez, sobre aquella función que se funda en la castración y cuya égida es el deseo. Se vuelve ineludible el declive en la función del DM cuando el discurso de la época rechaza aquello que constituye el fundamento mismo de la función DM —la castración—, cuando embate contra su condición fundamental, a saber, que el Otro pueda poner su falta en juego, resorte de la operatividad del DM. La investidura fálica es ínfima si la operatividad del DM es desfalleciente, ya sea que se presente como efecto de decaimiento del deseo o como con empuje al goce, siendo a veces correlativos. Por

otro lado, el discurso capitalista —y solidario a su atentado—, transforma también el lugar del niño en lo social, favoreciendo la declinación de la función. Un hijo, en la actualidad, a diferencia de la Modernidad, ya no porta el primado del valor del falo. El empuje del discurso capitalista hace que los niños hayan perdido ese “valorpreciado” y muchas veces jueguen una pulseada con otros objetos ofrecidos para el mercado para el consumo. Paralelamente, en efecto, la cultura empuja a tomar al hijo no en relación con el deseo, sino como objeto de goce, al modo de gadgets, como objeto de consumo que “hay que tener”. Se vuelve un imperativo social que arrastra a todos como el “empuje a tener un niño” (Ons 2018, 142). Por último, la incidencia de este discurso no sólo transforma el lugar del niño en lo social, sino que transforma el lugar del adulto en lo social, abonando todavía más al derrotero del declive. Se extiende en la época la lógica del “niño generalizado” (Lacan 1967), ya consignada por Lacan. No es siquiera necesario indicar que se requiere, no de un eterno adolescente, sino de Otro, para dar cuerpo a esta función.

CONSECUENCIAS CLÍNICAS

Cabe el supuesto que esta declinación de la función DM no impide que se constituya la Metáfora Paterna, la inscripción de lo imposible, pero opera bajo el influjo de una horadada identificación al falo imaginario, lo cual deja sus “marcas”, es decir, es la sede de una serie de consecuencias clínicas. Son estas consecuencias las que hallamos en ciertos casos. En primer lugar, hallamos una *proclividad del sujeto a quedar ubicado en el lugar de objeto como resto*, producto del algún desencuentro con el Otro y su traducción en angustia masiva. En efecto, un lugar endeble en la función constituyente del DM deja como saldo, -no el retorno en lo real-, pero sí la inminencia de la caída al lugar de resto, una marca que se actualiza cada vez que el lugar del sujeto en un Otro queda en jaque y deja librado al avasallamiento de la angustia en cada desplante. “Cada vez que el sujeto busca ser alojado en el Otro, se trate del Otro que se trate, algo resonará ahí como un eco de cómo fue recibido por el deseo del Otro materno” (Barros 2018, 34). En segundo lugar, y solidario a ello, la *vacilación del narcisismo*. También la ineficacia de instancias defensivas del sujeto frente a lo real del resto derivaría de la fragilidad en la identificación al falo imaginario. En primer lugar, es la función del *i(a)* lo que vela el resto como real. Ahora bien, la captura narcisista no está aislada del Deseo. En la constitución de la imagen narcisista, no sólo cuenta el corte del NP, sino que la decisiva impronta del Ideal, dialéctica entre *I(A)* y la proyección del yo ideal se entronca con la lógica del DM. Lacan explica su articulación: “En un primer tiempo y en la primera etapa, se trata pues de esto — el sujeto se identifica en espejo con lo que es el objeto del deseo de la madre” (1957-58, 198). Reafirma: “en la relación con su propia imagen, el sujeto encuentra el Deseo materno, en su relación con él mismo como niño deseado”. Hasta llegar, incluso, a igualar su escritura “niño

deseado = Ideal del yo” (1957-58, 265). Así, una exigua identificación al falo imaginario puede implicar que el narcisismo, en su dimensión de imagen amable, valiosa, sede del amor propio, no opere siempre como defensa férrea frente a sus embates y deleve el Dasein, aquello “habitualmente enmascarado tras el i(a) del narcisismo y sea ignorado en su esencia” (1962-63, 363). En tercer lugar, la *vacilación del fantasma*. En efecto, no sólo el narcisismo, el i(a) tiene su parte en defender del resto y de la angustia. Lacan explica sobre la ocultación que el fantasma opera del estatuto del resto en su articulación topológica: “El funcionamiento del deseo -o sea del fantasma, de la vacilación que une estrechamente al sujeto con el *a*, aquello mediante lo cual el sujeto se halla suspendido de ese *a* resto, identificado con él - permanece siempre elidido, oculto, subyacente a toda relación del sujeto con un objeto cualquiera, y tenemos que detectarlo allí” (ibíd., 257). Siendo, en efecto, función del fantasma defender de la angustia (ibíd., 60). Ahora bien, como es sabido, el fantasma es subsidiario de la operación de alienación y separación, donde, una vez más, es la función del Deseo la operación decisiva. Dice: “En el intervalo entre estos dos significantes se aloja el deseo que se ofrece a la localización del sujeto en la experiencia del discurso del Otro, del primer Otro con el que tiene que vérselas, digamos, para ilustrarlo, la madre, en este caso. El deseo del sujeto se constituye en la medida en que el deseo de la madre está allende o aquende de lo que dice, íntima, de lo que hace surgir como sentido, en la medida en que el deseo de la madre es desconocido, allí en ese punto de carencia se constituye” (Lacan 1964, 227), “El sujeto, por la función del objeto *a*, se separa, deja de estar ligado a la vacilación del ser, al sentido que constituye lo esencial de la alienación” (ibíd., 265). El sujeto como pura falta pasa a operar como objeto faltante al tiempo que se desprende el objeto *a*. Sin embargo, si en el intervalo hay dificultades en la operatoria del DM, su lugar de objeto causa será débil y frente a la pregunta, ¿puedes perderme?, el sujeto puede encontrar fragilidad en la respuesta. Y, tal vez, sea la marca de esta fragilidad de la respuesta fundamental, que se presenta como fragilidad fantasmática, la que asome cada vez que el fantasma sea requerido como defensa para encubrir la dimensión del resto. Frente a las afrentas del Otro deja suspendida la respuesta que ubica al sujeto con su *a* postizo, como cebo de su deseo y no alcanza a operar para velar el resto. No se trata de la abolición del fantasma como tal, sino en su ineficiencia en “el momento de usarlo” (Lacan, 1962-63, 60). En cuarto lugar, encontramos vivencias de anhedonia, abulia, apatía, de muchos adolescentes, que no llegan a la desvitalización ni a la experiencia del vacío pero se instalan como sintomático desgano. Soler justamente ubica que, en algunos casos, si bien existe la instancia del deseo, se presenta estrictamente una “*deflación del deseo*” (Soler 2002, 51). Es decir que, aún en el marco de la inscripción simbólica de la castración puede existir un disfuncionamiento de la falta como causa de deseo. En efecto, que la función de causa que un viviente tuvo para el Otro

materno -la separación- es partícipe de la operatividad de la castración, de la operatividad de la falta como causa de deseo y puede influir en la operatividad del deseo del sujeto como causa. De hecho, Lacan articula la función del deseo del sujeto y su lugar en el DM, del cual, dice, depende! Lacan refiere: “No basta con esto para demostrar que de lo que se trata, como yo se lo destaque, es de la relación del sujeto con el deseo de la madre?... El problema del deseo se introduce precozmente en la vida de un sujeto... Del objeto de deseo de la madre, precisamente, pende todo lo que en adelante vinculara para el sujeto el acercamiento a su propio deseo....” (1957-58, 460). Como es sabido, la declinación del NP abona a la caída del deseo con la habilitación ilimitada al goce que promueve la época. Sin embargo, en ciertos casos, cabe suponer que semejante deflación del deseo halla su razón en la “repercusión” en el deseo del sujeto de la deflación del propio lugar de causa. Por último, la incidencia de la pulsión de muerte en la actualidad es insoslayable. Se manifiesta tanto en una hipervalencia del superyó, -una cruda e insidiosa crítica con la que conviven muchos jóvenes-, en el avance de las autolesiones, -intervenciones como quemarse, pincharse, golpearse, cortarse, cuando su sustrato no es la recuperación subjetiva sino la expresión de una autoagresión-, y en el aumento de la ideación de muerte e intentos de suicidio en jóvenes y adolescentes. Se trataría del resalto de la pulsión de muerte —no su pura desintrincación pulsional—. De hecho, Freud ya ha señalado que, de las dos variedades pulsionales, no hay un equilibrio ecuaníme entre ambas, sino que, por el contrario, es posible situar una combinación de “proporciones muy variables” (Freud 1930, 115). Y precisamente es el resalto de la pulsión de muerte aquello que reserva para las “neurosis graves” (Freud 1923, 43). El avance de la pulsión de muerte y el predominio del superyó en la época es subsidiario al detrimento del Nombre del Padre. Ahora bien, para semejante incidencia puede acaso adicionarse un factor. La predominancia de la pulsión de destrucción podría ser el resultado también de una deficiencia en la función del falo imaginario inherente al declive del DM, ya que la identificación al falo imaginario participa de hacerle frente a la muerte, a la negatividad del significante. Específicamente Lacan sitúa a la primitiva identificación al falo imaginario, a la “imagen fálica” como el modo en que el sujeto accede a su “ser de vivo” (1958, 534) Roberto Mazzuca enfatiza esta función de identificación al falo imaginario: “estabiliza el predominio de la pulsión de vida. Este efecto se observa claramente por contraste con los casos en que esta primera identificación no se ha establecido nítidamente” (2007, 81). En definitiva, Lacan articula la prevalencia de la pulsión de muerte con el DM “con las que nos enfrentamos en sujetos más o menos caracterizados por el hecho de haber sido niños no deseados” (Lacan 1957-58, 253).

En efecto, hallamos presentaciones clínicas que, en algunos casos, pueden derivar también de la incidencia de la declinación de DM —no de la ausencia categórica de su función que decanta

en una psicosis melancólica y de la que es preciso realizar el diagnóstico diferencial cada vez-, propiciando la presentación de una neurosis que lleva la rúbrica de una condición melancólica (incidencia del lugar de a resto, angustia y prevalencia de pulsión de muerte), una *neurosis melancólica*, si podemos utilizar esa expresión, que habrá que verificar y que requerirá de una específica orientación de la cura que para llevar de la caída, la fragilidad y la angustia, a la función del sujeto en la cadena significativa, al trabajo del inconsciente, a su articulación al saber, la falta y la verdad.

NOTAS

[i] El Deseo de la Madre no es sin el goce que entraña el Otro que encarna esa función, pero, como su nombre lo indica, prima, —en la función— la operación del deseo.

[ii] No nos referimos al fantasma del neurótico de “ser rechazado” que Lacan especifica en el *Seminario 14* (Lacan, 1966-67,268). Este deterioro de la función simbólica del Deseo no se asocia tampoco con el orden de la demanda, es decir, con las consabidas demandas a la madre que se suelen presentarse en los análisis, ni al reproche en apariencia ineliminable sobre aquello que le falta y que “la madre no le dio”. No se trata tampoco del “esperar más” de la relación a la madre (Lacan 1972, 489). En efecto, distinguimos esta posición frente a la falta, de caso signados por la presentación clínica de la “marca” — como señala Lacan del *sujeto más o menos deseado*-, una “marca” silente en el sujeto más que una vociferante demanda insaciable sobre la falta.

BIBLIOGRAFÍA

- Barros, M. (2018). *La madre. Apuntes Lacanianos*. Grama.
- Freud, S. (1921). Psicología de las masas y análisis del yo. En *Obras Completas, XVIII*. Amorrortu.
- Freud, S. (1923). El yo y el ello. En *Obras Completas, XIX*. Amorrortu.
- Freud, S. (1930). El malestar en la cultura. En *Obras Completas, XXI*. Amorrortu.
- Lacan, J. (1948). La agresividad en psicoanálisis. En *Escritos 1*. Siglo XXI.
- Lacan, J. (1956-57). *El Seminario. Libro 4: La relación de objeto*. Paidós.
- Lacan, J. (1957-58). *El Seminario. Libro 5: Las formaciones del inconsciente*. Paidós.
- Lacan, J. (1960). Observación sobre el informe de Daniel Lagache: Psicoanálisis y Estructura de la personalidad. En *Escritos II*. Siglo XXI.
- Lacan, J. (1962-63). *El Seminario. Libro 10: La angustia*. Paidós.
- Lacan, J. (1964a). *El Seminario. Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Paidós.
- Lacan, J. (1966-67). *El Seminario. Libro 14: La lógica del fantasma*. Paidós.
- Lacan, J. (1967). Alocución sobre las psicosis del niño. En *Otros Escritos*. Paidós.
- Lacan, J. (1969). Nota sobre el niño. En *Otros Escritos*. Paidós.
- Lacan, J. (1969-70). *El Seminario. Libro 17: El reverso del psicoanálisis*. Paidós.
- Lacan, J. (1971-72a). *El Seminario. Libro 19: ... Ou pire*. Paidós.
- Lacan, J. (1971-72b). Hablo a las paredes. Mi enseñanza y otras lecciones. Paidós.
- Lacan, J. (1972a). *Conferencia de Milán*. Inédito.
- Lacan, J. (1972b). El atolondradicho. En *Otros Escritos*. Paidós.
- Lacan, J. (1972-73). *El Seminario. Libro 20: Aún*. Paidós.
- Lacan, J. (1974-75). *El Seminario. Libro 22: R.S.I*. Inédito.
- Lacan, J. (1975-76). *El Seminario. Libro 23: El sinthome*. Paidós.
- Lacan, J. (1975). Conferencia en Ginebra sobre el síntoma. En *Intervenciones y Textos II*. Manantial.
- Lewkowicz, I. (2004). *Pensar sin Estado. La subjetividad en la era de la fluidez*. Paidós.
- Miller, J.-A. (1988). Jacques Lacan: observaciones sobre su concepto de pasaje al acto. En *Infortunios del acto analítico*. Atuel.
- Miller, J.-A. et al (1999). *Los inclasificables de la clínica psicoanalítica*. Paidós.
- Mazzuca, R. (2013). Los conceptos Lacanianos en la enseñanza de la psicopatología. En Schejtman, F. (Ed.). *Psicopatología: clínica y ética. De la psiquiatría al psicoanálisis*. Grama.
- Ons, S. (2018). *El cuerpo pornográfico*. Paidós.
- Soler, C. (2002). Un plus de melancolía. En *Hojas Clínicas 5*. JVE ediciones.
- Soria, N. (2017). *Duelo, melancolía y manía en la práctica analítica*, Del bucle, Buenos Aires.